

10

4489

1-

Dr P.C

www.archivopatricioaylwin.cl

El golpe militar fascista que derrocó el 11 de septiembre de 1973 al Gobierno Popular que encabezaba el Presidente Salvador Allende conmovió profundamente a la humanidad progresista. Surgió una poderosa campaña de solidaridad internacional con el pueblo de Chile agredido, comparable a las más altas expresiones de internacionalismo que haya tenido lugar en toda la historia del movimiento obrero.

Uno de los factores que explican estas manifestaciones es, sin duda, la brutal ferocidad de la represión desatada por los fascistas. Decenas de miles de muertos, decenas de miles de prisioneros, centenares de miles de proscritos, que es el resultado de esa represión no podían sino herir intensamente la conciencia de la humanidad. Esta se ha expresado aunando las voces de condena de todos los demócratas.

Pero la magnitud de la oía solidaria se vincula también a la honda repercusión que había alcanzado en el mundo la experiencia chilena, el esfuerzo inicialmente exitoso del movimiento obrero y popular que, al conquistar el Gobierno en la elección de 1970, se abría paso al poder sin recurrir al enfrentamiento armado generalizado.

El éxito del proceso revolucionario chileno, interesaba profundamente a la clase obrera internacional, y, más allá de ella, a millones de hombres. La experiencia chilena no era mirada, ni debía serlo, ciertamente, como un modelo. No obstante, este proceso mostraba que, en las condiciones de nuestra época, la clase obrera y el pueblo pueden abrirse camino al poder en los marcos del sistema estatal burgués cuando la fuerza del movimiento revolucionario y su capacidad de alianzas con distintos sectores sociales logran desarrollar y garantizar el democratismo en la vida política aún bajo el poder reaccionario y crear una correlación de fuerzas capaz de impedir el desencadenamiento de la violencia armada reaccionaria para oponerse a la victoria.

UIA
PACIFICA

Precisamente por la considerable repercusión del proceso revolucionario chileno en las filas revolucionarias y democráticas en el mundo entero y, en particular en América Latina, el imperialismo se esforzó por frustrarlo y liquidarlo. En la intensificación de su agresión general en América Latina para asegurar su dominio en lo que los monopolios yanquis consideran su "patio trasero", Chile recibió una embestida particularmente brutal. Y a en 1970, se constituyó un "grupo de trabajo" en el Consejo Nacional de Seguridad en Washington para planear en todos sus detalles la agresión contra nuestro pueblo.

LA INTERVENCIÓN DE OSA

El apoyo decisivo a la preparación del golpe (mejor dicho, de las sucesivas intentonas golpistas que hubo de enfrentar el Gobierno de la UP.) por parte del imperialismo adquiere su significado cuando se analiza la intensa campaña posterior al derrocamiento del Gobierno Popular.

El vocero del imperialismo y los grandes monopolios, el diario "El Mercurio" insiste reiteradamente en la significación internacional de la derrota popular reflejando el pensamiento íntimo de los reaccionarios en términos como los siguientes: "Los hechos que aquí sucedieron tienen resonancia universal, pues en Chile se logró dar vuelta el proceso revolucionario marxista, que es fundamentalmente irreversible."

"El comunismo ha fracasado... ha sido derrotado en su segunda estrategia: la vía legal, que sufrió un colapso en Chile el 11 de septiembre". ¡Curioso argumento! Los sedicentes defensores de la "legalidad y el orden" se vanaglorian de haber destrozado la institucionalidad. Se entusiasman con el baño de sangre que han provocado. De un drama luctuoso sacan cuentas alegres.

Lo ocurrido en Chile ha sido en verdad una derrota du-

ra, aunque transitoria, que plantea como es natural, una serie de interrogantes que imponen una respuesta de los revolucionarios. ¿Qué hizo el pueblo y la dirección revolucionaria para derrotar el golpe de Estado? ¿Por qué la dictadura fascista se consolidó en pocos días y no adquirió más fuerza la resistencia armada, plenamente necesaria y justificada en esa hora? ¿La derrota de la UP significa que se invalida la tesis de la posibilidad de la conquista del poder por vía no armada, en general? ¿Al menos, tal ocurre para Chile? Son algunas interrogantes. La respuesta a ellas no importa sólo la decisión de asumir responsabilidades por lo pasado, obligación ineludible de los revolucionarios ante nuestro pueblo y el movimiento obrero internacional. Significa ante y sobre todo obtener de este análisis las orientaciones para cumplir la tarea ineludible de esta hora: terminar con la dictadura fascista y crear las condiciones para erradicar para siempre el fascismo en nuestro país.

Por otra parte, el examen crítico no quedará agotado de una vez y para siempre. En muchos aspectos el tiempo aportará nuevos antecedentes y puntos de vista. No pretendemos por tanto cerrar con este análisis un debate que tiene gran trascendencia para el movimiento revolucionario.

La victoria popular en Chile en 1970 fue la culminación de un intenso proceso de combates de masas que abarcó todos los frentes de la lucha social. Fue posible porque el movimiento popular consiguió unirse en torno a una línea correcta que definió acertadamente el carácter de la revolución chilena. Señaló con precisión los enemigos fundamentales: el imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente y apuntó en esa dirección el golpe principal. La clase obrera construyó un frente político y social - la Unidad Popular - que fue capaz, gracias a esa política general correcta (que permitió contar en momentos decisivos con la colaboración de otros sectores sociales, que actuaron de consuno con la U.P. para oponerse a los designios reaccionarios) de conquistar el gobierno del país y con ello una parte del poder político, la más dinámica y significativa. Contando con esa posición privilegiada el movimiento popular abrió un proceso de transformaciones revolucionarias de la sociedad chilena en medio de una disputa aguda por el poder con las viejas clases dominantes.

Las transformaciones impulsadas por la clase obrera y el pueblo habían sido definidas en el Programa de la Unidad Popular de acuerdo con el carácter de la etapa revolucionaria: se trataba de superar el atraso y la miseria poniendo fin a la dominación extranjera y de la oligarquía. El cumplimiento de tales tareas exigía la unidad más amplia del pueblo y, a la vez abría camino a la colaboración con fuerzas que no estaban en la Unidad Popular para llevarlas adelante. En noviembre de 1970 Luis Corvalán, Secretario General del Partido, de finía esta perspectiva en los términos siguientes "En virtud del carácter mismo de la revolución chilena, de los intereses de clases y capas populares, de la necesidad de aislar a los reaccionarios, de derrotar sus maniobras sediciosas, de enfrentar las presiones del imperialismo, de darle, en fin, un respaldo nacional al Gobierno, en virtud de todo esto puede y debe desarrollarse todavía más la unidad del pueblo y convertirse este en una fuerza realmente invencible. ! Tal es la cuestión principal que hay que resolver en los días que corren!"

Las tareas acometidas, la nacionalización de la Gran Minería del Cobre; la creación del área de propiedad social, sobre la base de la nacionalización de grandes monopolios; la estatización de la banca; el impulso a la Reforma Agraria; la redistribución del ingreso en favor de los trabajadores; los avances en la solución de los problemas de la vivienda, la salud y la educación; el establecimiento de una política internacional independiente y, de manera especial, el gigantesco desarrollo de la participación del pueblo en la conducción

de los destinos del país a través del fortalecimiento de los sindicatos y de la Central Unica de Trabajadores, de los organismos de participación en las empresas, de las Juntas de Abastecimiento y Precios, etc.; son todos hechos que subrayan el carácter profundamente nacional, popular y revolucionario del Gobierno que encabezaba Salvador Allende. Más allá de la derrota transitoria estos logros constituyen una herencia inapreciable para el pueblo de Chile que aunque sean borrados temporalmente por la dictadura subsistirán como ejemplos que impulsarán a la clase obrera y los más vastos sectores del pueblo al combate.

Sin embargo este proceso, este proceso que recogía objetivamente las aspiraciones y defendía los intereses de la mayoría del país ha sido derrotado ¿Por qué?

En primer lugar, porque un proceso de esta naturaleza, que significaba destruir para siempre en Chile el poder y la riqueza del imperialismo y la gran burguesía, que habían detentado privilegios por más de 150 años, no podía ser tolerado por ellos y lo combatieron con saña para hacerlo fracasar.

El proceso chileno confirma crudamente la validez de la concepción marxista acerca de que las viejas clases no abandonan voluntariamente el poder. Al revés, lo defienden con dientes y uñas. La conquista de posiciones de poder por la clase obrera y el pueblo a través de una vía no armada no invalida en absoluto esa realidad. Más aún obliga a tener muy en cuenta la apreciación de Lenin sobre el comportamiento de los reaccionarios después de su derrota. Sus palabras, escritas poco después de la Revolución de Octubre, se confirmaron también en nuestro país: "Los explotadores están derrotados, pero no aniquilados. Les queda una base internacional, el capital internacional, del que son una sucursal. Les quedan algunos medios de producción, dinero, amplias relaciones sociales. Su fuerza de resistencia ha aumentado precisamente a causa de su derrota, en cientos y miles de veces. Su "arte" en el Gobierno del Estado, en el mando del Ejército, en la dirección de la economía, les proporciona una superioridad sumamente grande y, por tanto, una importancia incomparablemente mayor a la que le corresponde por su número entre el conjunto de la población." Esto era válido para nosotros con el agravante que los reaccionarios no tenían sólo "algunos medios de producción", sino además fuertes posiciones en el aparato estatal, en el Parlamento, en el sistema judicial, en los medios de comunicación de masas.

Usando todos esos recursos, la reacción declaró la guerra a muerte al Gobierno Popular y recurrió a formas que son lecciones que ha aprendido nuestro pueblo y que confiamos servirán a otros pueblos del mundo. Algunas son las siguientes.

La lucha de los reaccionarios contra las fuerzas populares, contra comunistas y socialistas en especial, se hace en nombre de la libertad y la democracia. Pero a medida que la lucha de clases se agudiza, los reaccionarios echan por la borda toda forma democrática en cuanto entra en contradicción con sus intereses. Si esas formas democráticas permiten al pueblo tomar en sus manos la conducción del país, o una parte del poder, son atacadas implacablemente por sus sedicentes defensores. En momentos tales la burguesía no vacila para recurrir al terror y al crimen como métodos de política, los que, mientras está en el poder, condena "por principio".

La experiencia chilena muestra fehacientemente que las formas democráticas sólo pueden ser mantenidas y desarrolladas por la clase obrera y el pueblo. En nuestra época, sólo los procesos revolucionarios, la marcha al socialismo, son garantía real de democratismo político. La lucha por la democracia se funde íntimamente con la lucha por el desarrollo socialista.

De otro lado, cuando el proceso de lucha por la conquista del poder se desarrolla por la vía no armada la "legalidad", que en manos de las clases dominantes les da una fuerza considerable en su lucha contra la revolución, legítima ahora el poder revolucionario ante capas importantes de la sociedad y se transforma, parcialmente, en un factor que ayuda a la transformación revolucionaria y a la acumulación de fuerzas. Pero, desde que esta forma de tránsito implica la subsistencia temporal de estructuras del viejo Estado, el movimiento revolucionario no puede perder de vista que el contenido de las formas democráticas heredadas del viejo régimen están marcadas por su carácter de clase y que el desarrollo del democratismo incluye necesariamente la lucha por cambiar el carácter de clase del Estado, garantía indispensable del desarrollo revolucionario. El enemigo trata de sacar provecho de esa circunstancia y fuerza la utilización de las formas estatales en que mantiene influencia para avanzar a la liquidación de la institucionalidad ahora inservible a su dominación de clase. En este sentido nuestro Gobierno cometió error es que permitieron el aprovechamiento abusivo de las formas democráticas por parte de los reaccionarios, lo que les sirvió para crear las condiciones para liquidar todo democratismo a través del golpe de estado fascista. Influieron negativamente concepciones idealistas de la libertad, que abordaban los problemas al margen de la lucha de clases en curso, las que se tradujeron en tolerancia frente a los desbordes fascistas y permitieron su desarrollo.

El golpe fue debido a la despro...

En las condiciones de lucha generadas por la conquista de una parte del poder político en los marcos de un régimen estatal burgués la lucha ideológica adquiere una especial relevancia. En las masas pesa todavía fuertemente, peor aún, por un tiempo predomina, la ideología de las viejas clases. Si a eso se agrega el predominio reaccionario de los medios de comunicación que generan esa ideología (prensa, radio, TV, cine, escuela) todo ello se transforma en una poderosa arma en los intentos de restauración burguesa. Para tener éxito las fuerzas populares deben ser capaces de batir al enemigo en este campo. Sin embargo, fuimos incapaces de equilibrar siquiera la desproporción de medios y también de usar organizadamente aquellos de que disponíamos. El enemigo, en cambio, desató desde ellos una ofensiva virulenta y deformadora que contribuyó a engañar a vastos sectores del pueblo.

Desde que la clase obrera y el movimiento popular asumen responsabilidades de Gobierno sus obligaciones en el campo de la economía nacional se convierten en decisivas para el éxito de su política, para la consolidación y el desarrollo de sus posiciones en la lucha por el poder.

Al perder el ejercicio del poder político la reacción actúa sin clemencia para arruinar al país. En el caso de Chile los monopolistas y terratenientes no vacilaron, por ejemplo, para desatar el sabotaje económico sin importar el daño que causaban al país ni inclusive a sus propios intereses individuales, (que para ellos son, evidentemente, más importantes que los de la Patria) con tal de crear dificultades al Gobierno.

El imperialismo por su parte, desarrolló el boicot, realizando en el caso de Chile, a diferencia de otros procesos revolucionarios, de una forma menos abierta pero no por ello menos dañina. Al ocultar la agresión al hacerla efectiva sin proclamarla como política oficial, trataba de restringir las posibilidades de una reacción patriótica de masas que fortaleciera al Gobierno Popular. En este sentido, el imperialismo sacó lecciones de experiencias anteriores como la de Cuba y otros países, donde la coerción declarada en el terreno económico produjo reacciones antimperialistas de masas que ayudaron a consolidar en vez de detener los procesos revolucionarios o progresistas.

Los problemas económicos heredados (pesada deuda externa, atraso agropecuario, pobre infraestructura, en el caso de Chile) se ven agravados por tales maniobras. Además la demanda social se incrementa por el propio efecto del avance revolucionario y deja de ser determinada por las viejas relaciones capitalistas y su distribución de rentas para pasar a ser determinada en alto grado por las necesidades sociales reales sobre todo de artículos indispensables.

Las tareas conducentes a la generación real de mejores condi-

diciones de vida para el pueblo trabajador, el aumento de la producción y la productividad, la disciplina consciente en el trabajo de la clase obrera liberada de la explotación, son logros indispensables que la dirección revolucionaria debe alcanzar.

Sólo su cumplimiento permite contrarrestar el daño del boicot, el sabotaje, la especulación, el mercado negro, etc. consustanciales a la resistencia reaccionaria y, lo que es decisivo, mejorar las condiciones de vida de las masas.

Estos problemas, que se presentan de modo mucho más agudo en un país económicamente atrasado como Chile, no pudimos resolverlos adecuadamente. La reacción interna y externa logró éxito en provocar el caos y una aguda crisis económica que se agravó con nuestros errores y debilidades y esto tuvo una fuerte incidencia en nuestra derrota..

En resumen, la reacción usó todos los recursos de poder que permanecieron en sus manos para desarrollar una oposición frenética al Gobierno Popular. Se delinearon claramente dos centros de poder contrapuestos en todos los frentes de la lucha de clases, en combate enconado por el predominio.

La solución de esta disputa en favor del pueblo exigía elevar la actividad revolucionaria de la clase obrera y, a la vez, desarrollar ampliamente su capacidad de alianzas. La conquista de una sólida mayoría, capaz de aislar a los enemigos principales, es tarea decisiva que debe ser resuelta victoriosamente en cada coyuntura política. La experiencia que surgió del proceso mismo, de cada victoria alcanzada, lo confirma.

La victoria de 1970 no puede entenderse ni explicarse exclusivamente como una victoria electoral. En los hechos, la Unidad Popular obtuvo un 36,3% de los votos en la elección de setiembre que aunque representativo, sin duda, de una fuerza social mayor, si consideramos las restricciones inherentes a la democracia burguesa que reducen las posibilidades de expresión política de la clase obrera y el pueblo, representaba una mayoría relativa.

La consolidación de la victoria electoral, la instalación de Salvador Allende, triunfador con la primera mayoría, en la Presidencia de la República, se alcanzó en nuevos y ásperos combates de masas en septiembre-octubre de 1970, en los que la fuerza del pueblo, apoyándose en las tradiciones democráticas del país y haciendo pié en las contradicciones que separaban a distintas fracciones burguesas, generó la unidad de acción de la Unidad Popular con otros sectores democráticos, particularmente del seno de la Democracia Cristiana. El movimiento popular creó en esas batallas una correlación de fuerzas favorable a la causa revolucionaria, unió a la mayoría del país contra los designios de los enemigos principales. Se frustró así el intento de golpe de estado del 22 de octubre de ese año que terminó con el asesinato del General Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, a manos de los conspiradores reaccionarios.

La victoria de 1970 fue entonces una victoria de la mayoría no solo porque el movimiento popular representa y defiende los intereses de ella, condición que cumple todo movimiento obrero y popular en general, sino porque esa mayoría identificó como propios los objetivos políticos que el movimiento popular representaba en esa coyuntura política para impulsarlos a la victoria. Sin esa premisa no hubiera habido posibilidades de triunfo.

La conquista de la mayoría para asegurar el éxito de la revolución chilena imponía e impone la necesidad de unir en torno a la clase obrera a una gama muy vasta de sectores sociales. Como en todo proceso revolucionario tenía y tiene un papel decisivo la unidad obrero-campesina y aún cuando el desarrollo acelerado de la Reforma Agraria promovió avances significativos en este campo, su nivel, tradicionalmente débil en la historia de las luchas de clases en Chile, siguió siendo insuficiente frente a las exigencias planteadas por la disputa por el poder.

En nuestras condiciones, la unidad en torno a la clase obrera requería incluir también a vastos sectores de capas medias y alcanzar de uno u otro modo a sectores de la burguesía no monopolista, particularmente mediana y pequeña.

Cada vez que fuimos capaces de galvanizar la unidad de esos sectores, o la mayoría de ellos, en torno a consignas y acciones concretas se abrieron paso decisivas conquistas revolucionarias. La primera, precisamente, fue la instalación del Gobierno Popular.

No obstante, ya entonces se expresaron en el seno del movimiento popular diferencias de apreciación que dificultarían la correcta dirección del movimiento popular y resultarían a la postre un factor decisivo en la derrota del 11 de septiembre.

En el movimiento popular se reconoce unánimemente por los partidos y movimientos integrantes de la U.P. que una de las claves de nuestra derrota fué la falta de una dirección única del proceso revolucionario capaz de llevar adelante una política de principios que sorteara los riesgos de las deformaciones oportunistas de izquierda y de derecha. El asunto decisivo en este terreno era y es el de una sólida unidad socialista-comunista que asegurara la unidad férrea de la clase obrera y junto con ello la unidad del frente político en su conjunto.

La unidad socialista-comunista tiene en Chile una antigüedad de casi 20 años y una vigencia plena y hoy todavía mayor. Pero obviamente no estaba exenta de dificultades y aún cuando esa unidad ha progresado incesantemente (también en los 3 años de Gobierno Popular) las brechas existentes, que en el período anterior al Gobierno eran superadas sin que dañaran gravemente al movimiento, producían en el fragor del combate de clases desencadenado después de la victoria popular, un efecto mayor, porque habían crecido nuestras obligaciones y porque el enemigo explotaba intensamente nuestras diferencias.

Las responsabilidades por las insuficiencias de nuestra unidad son mutuas. Nosotros comunistas no escabullimos las propias como la existencia de resabios sectarios en nuestras filas, en mayor medida a nivel de base que dificultaba la discusión fraternal en la búsqueda de los acuerdos posibles en cada circunstancia, más aún cuando el carácter de clase de nuestro Partido y nuestra mayor capacidad orgánica nos obliga a asumir mayores responsabilidades al detectar las expresiones sectarias de la otra parte.

El Partido Comunista de Chile es el partido de la clase obrera pero nuestra labor de dirección del proletariado y el pueblo en general, la forma en que desempeñamos nuestro papel de vanguardia, va vinculado a la colaboración con el Partido Socialista, que tiene también fuertes posiciones entre los trabajadores. Esa orientación general correcta, que materializaba en lo esencial la unidad de las fuerzas revolucionarias del proletariado y la pequeña burguesía, que se había probado justa en los hechos, no debía excluir la expresión más o menos abierta según las necesidades, de la política de principios de la clase obrera. Llevamos adelante la discusión y esclarecimiento de nuestras posiciones de clase en los niveles dirigentes pero sin desarrollar suficientemente la discusión en la base, en el seno del pueblo, para impedir la proliferación del revolucionarismo pequeño burgués que dañaba la unidad socialista-comunista y con ello el proceso.

Precisamente uno de los factores que agudizó los problemas de dirección única fué la permanente labor de zapa contra la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular realizada por la ultraizquierda, interesada sobre todo en la creación de un "polo revolucionario" con clara definición anticomunista, que se proponía desarrollar como centro de dirección que reemplazara a la "dirección reformista" supuestamente impuesta por nuestro Partido. Estas posiciones encontraron cierto eco en el seno del P.S.

Algunos sectores revolucionaristas pequeño burgueses propugnaban una concepción dogmática, que transformaba a todos los que no eran proletarios o semi proletarios en adversarios. Englobábase a toda la burguesía

sin excepción en el concepto genérico de "clase dominante", ignorando el hecho real de que la gran burguesía monopolista y agraria, aliada del imperialismo ejercía el rol dominante en la sociedad chilena, imponiendo también una pesada carga sobre otras fracciones burguesas y vastos sectores de capas medias de la ciudad y el campo y no sólo sobre el proletariado. Tal concepción desestimaba y desestima el carácter dependiente del capitalismo chileno así como el fenómeno de concentración capitalista, características ambas de la época del capital imperialista y que generan contradicciones sociales específicas que el movimiento obrero tiene que tomar en cuenta obligatoriamente para definir su línea política y el campo de alianzas necesarias y posibles.

Estas concepciones ultraizquierdistas dañaron seriamente al movimiento popular.

En correspondencia con tales criterios se forzó durante nuestro Gobierno una política primitiva de enfrentamiento por doquier con empresarios pequeños y medianos, de tomas de fábricas y predios sin atender a su tamaño o significación económica, de tratamiento sectario de sectores de capas intermedias, que condujo gradualmente el aislamiento de la clase obrera y transformó a esos sectores sociales desplazados por tal política en aliados de los enemigos principales, desmejorando la correlación de fuerzas en contra del Gobierno Popular en la lucha por el poder.

En el terreno político los criterios ultraizquierdistas se expresaban en la condena de cualquier compromiso o alianza. Típico de tales concepciones era una visión deformada del Partido Demócrata Cristiano, partido de masas, que recogió en 1973 cerca del 30% de la votación en una población electoral que abarcó el 85% de la población activa del país. El P.D.C. es un partido pluriclasista, cuya influencia abarca desde sectores del proletariado y el campesinado a capas de la burguesía monopolista, con una fuerte influencia de los sectores medios. No obstante, era enfrentado como si fuera una sola masa reaccionaria. Tal política facilitó extremadamente la labor del sector burgués reaccionario, encabezado por el ex-Presidente Frei para unir a ese partido en torno a él y alinearlos en una actitud de oposición ciega al Gobierno Popular, lo que facilitó la labor de los golpistas a los que el señor Frei y su grupo prestaron abierta colaboración en la esperanza de volver a ejercer una parte del poder.

Estas concepciones sectarias se expresaron también en la oposición permanente de los ultraizquierdistas a la alianza del movimiento popular con el sector constitucionalista y patriota de las Fuerzas Armadas, lo que redundó en el debilitamiento de las posiciones de éste en sus instituciones y facilitó la labor del fascismo para agrupar a la mayoría de la oficialidad en sus rangos, y a la postre, bloquear toda resistencia interna al golpe.

En el campo ideológico los criterios dogmáticos se traducían en un desprecio casi completo de la significación de lo conquistado por el movimiento popular. El Gobierno Popular era enfrentado como supuestamente reformista y se trataba de desplegar luchas de masas contra él, luchas a las que se arrastraba a sectores atrasados de los trabajadores en base a una mezcla abigarrada de economicismo chato y fraseología revolucionaria.

Al mismo tiempo, se planteaban erróneamente asuntos ideológico como los relativos a la educación, que entorpecieron las relaciones del Gobierno con la Iglesia, cuyos personeros más responsables mantenían una actitud abierta a los cambios sociales impulsados por el Gobierno Popular y sostuvieron una actitud de prescindencia partidista, hecho de la mayor significación histórica.

Como ha ocurrido históricamente estas actitudes se convirtieron en el caldo de cultivo para la fascistización relativa de la pequeña burguesía y otras capas medias, para la exacerbación de sus ánimos opositoristas.

La experiencia chilena comprueba una vez más que el imperialismo y la reacción sacan inmenso provecho del ultraizquierdismo y que lo

promueven y lo alientan sistemáticamente y de diversos modos para derrotar a los pueblos.

En Chile también ha quedado al desnudo, incluso para el revolucionarismo pequeño burgués el carácter oportunista del "izquierdismo pekinista". Han terminado dándose la mano con los usurpadores fascistas.

Ahora bien, las insuficiencias de dirección anotadas dejaban espacio no sólo al ultraizquierdismo sino también a las expresiones del oportunismo de derecha, y muchas veces, tales deformaciones partían del mismo centro social y político.

Uno de los rasgos más acusados de las desviaciones de derecha fué el economicismo que se logró introducir en algunos sectores atrasados políticamente de los trabajadores. Nuestro Partido había planteado a través de nuestro Secretario General, que en las condiciones del Gobierno Popular, "Los intereses de los trabajadores ya no dependen tan solo ni tanto del éxito de tales o cuales luchas reivindicativas, sino de la suerte que corra el Gobierno de la Unidad Popular, del cumplimiento de los objetivos programados."

Con el afán de deteriorar, de erosionar la base popular del Gobierno, los partidos burgueses aprovechando su influencia de masas, impulsaban un reivindicacionismo desenfrenado pero, lo más grave es que también actuaron en esa dirección representantes del ultraizquierdismo y sectores de la Unidad Popular influenciados, barnizando el reivindicacionismo con frases revolucionarias, buscando fortalecer posiciones partidistas sin parar mientes en contraponer sectores de trabajadores al Gobierno y hacer con ello el juego al golpismo.

La necesidad de subordinar la lucha reivindicativa a la lucha por el poder fue rechazada por esos sectores. Como se puede prever, tales manifestaciones de inmadurez prendían de preferencia en los sectores obreros con menor tradición de lucha. Era el caso de los sectores de trabajadores de empresas pequeñas y medianas con lo que estas formas economicistas contribuían también a separar a estas capas intermedias del Gobierno Popular.

Reflejo de esas mismas tendencias fué el comportamiento de estos sectores frente a la lucha por la producción y la productividad, batalla que el Gobierno Popular debía ganar para consolidar sus posiciones y resolver en su favor la cuestión del poder. Ante ella, los dirigentes ultraizquierdistas proclamaron que "los problemas de la economía y la producción no están colocados por encima de la lucha de clases" para concluir que "es responsabilidad de los grandes capitalistas el aumento de la producción" (sic). En medio del boicot y el sabotaje declarados proponían a las masas desligarse de responsabilidades en la esfera decisiva y, en último término, determinante del desarrollo social. Halagando a las masas, ignorando las tareas para ganar una fácil adhesión, la ultraizquierda y el oportunismo de derecha se entrelazaban estrechamente.

El proceso revolucionario chileno se vió afectado también por manifestaciones de burocratismo, reflejo de una concepción no clasista del aparato estatal y de desconfianza en las masas populares. En aquella parte del Estado que puso en nuestras manos la victoria de 1970 se hicieron sentir algunas tendencias a "asimilarlo", a usar de él sin modificaciones, en contraposición a los esfuerzos por transformarlo por la vía, especialmente, de la participación creciente de las masas populares en el ejercicio de funciones de poder.

Ciertamente, ningún gobierno dió nunca mayores posibilidades a la clase obrera y el pueblo de asumir responsabilidades en el control y la planificación de la vida social que el Gobierno Popular. Cuando anotamos las deficiencias estamos hablando del grado en que tal tarea se cumplió en relación con las necesidades del proceso revolucionario, con el ritmo del cambio del contenido de clase de las instituciones estatales.

El poder estatal (en puridad) de la burguesía empieza y ter-

mina en la burocracia. Los revolucionarios, en cambio, disponemos de aquello que Lenin llamaba un "recurso maravilloso" para decuplicar nuestras fuerzas y nuestra eficiencia. Este es la incorporación de los trabajadores a las distintas tareas de dirección del Estado, a la formación de esa "red extraordinariamente compleja y delicada de nuevas relaciones de organización que abarquen la producción y distribución planificada de los productos necesarios para la existencia de millones de hombres."

El cumplimiento a cabalidad de estas tareas exigían una actitud de plena confianza en las masas y de firmeza de clase. Para combatir el burocratismo los comunistas nos esforzamos por despojar al ejercicio de los cargos del Estado de privilegios, fijando a nuestros funcionarios salarios modestos y reintegrando el resto a las arcas fiscales. Presionamos en el mismo sentido estableciendo rigurosas normas para evitar cualquier forma de corrupción o siquiera de ventajismo personal en su ejercicio. Promovimos a centenares de obreros a funciones dirigentes y luchamos tesoneramente por la participación obrera y popular.

Sin embargo los resultados no fueron suficientes y cometimos errores. Ejemplo de ello fue la generación de un sistema de participación en las empresas estatales paralelo a la organización sindical, que era generado por la misma masa de los trabajadores pero como dos funciones distintas, y, en cierto grado, hasta contradictorias. Esta forma demoró la integración real de los trabajadores a la dirección de las empresas y generó una tendencia nociva en la vida del sindicato puesto que constriñó a éste a ser vehículo del puro reivindicacionismo sin que asumiera orgánicamente responsabilidades en la dirección de la producción. La corrección de este error se inició cuando ya se había producido daño.

En definitiva todas las formas de oportunismo, de izquierda o de derecha, pesaron contra el movimiento popular, aunque algunas de ellas en forma decisiva para debilitar las posiciones de poder conquistadas.

Como lo expresamos en nuestro primer manifiesto luego del golpe fascista "El Partido Comunista está absolutamente convencido que su posición de defensa irrestricta del Gobierno Popular, sus empeños dirigidos a buscar el entendimiento con otros sectores democráticos, principalmente en la base, sus esfuerzos tendientes a dar seguridad a los sectores medios de la población, su lucha permanente contra el peligro de guerra civil, su acción enfilada a concentrar los fuegos contra los enemigos principales - el imperialismo y la ultrarreacción - su perseverancia en afianzar la unidad socialista-comunista, la unidad de la clase obrera y el entendimiento entre todos los partidos de la Unidad Popular, su afán por lograr un aumento de la producción y la productividad, el financiamiento propio de las empresas del área social y la máxima disciplina en el trabajo, conforman una política general enteramente justa. No obstante, no desaloja debilidades ni errores en su acción."

Sin embargo, aunque esa política ganó gran audiencia en las masas y vastos sectores de la clase obrera y el pueblo se empeñaron con sacrificio en el cumplimiento de las tareas de la revolución, no logramos aunar firmemente en torno a ellas a todo el movimiento popular.

A la postre, la Unidad Popular no logró evitar el aislamiento de la clase obrera ni atraer a la mayoría de la población cuyos intereses profundos estaban indisolublemente ligados al desarrollo del programa y al éxito del Gobierno Popular. Esto determinó el desenlace. Nuestra derrota fue la expresión del aislamiento de la clase obrera. Eso decidió la victoria de la contrarrevolución en la disputa por el poder. Esto significa que más que una derrota militar, fuimos vencidos políticamente. (Nuestra derrota militar fue posible sobre todo porque fuimos vencidos políticamente.)

Nuestro Partido, actuando en estrecha relación con el Presidente Allende y consecuentemente por alcanzar una unidad de criterio con el conjunto de la U.P., se esforzaba por resolver el problema del poder en nuestro país sin recurrir a la lucha armada. Partíamos del hecho que cualquier

vía de acceso al poder presupone la activa movilización de masas. Sin lucha es inconcebible el éxito del proceso revolucionario. La fuerza de las masas es indispensable para vencer la fuerza de la coerción reaccionaria que se opone inevitablemente al avance del pueblo hacia sus objetivos y para impedir el desencadenamiento de la violencia del sistema de poder reaccionario, siempre presente real o potencialmente. La posibilidad de éxito de la vía no armada (llamada a veces pacífica, de un modo que resulta impreciso) se afirma en la capacidad de las masas para amarrar las manos de los que quieren desencadenar la violencia reaccionaria con las armas. Esta posibilidad se abre paso, en condiciones históricas dadas, en la misma medida que la correlación de fuerzas favorece al pueblo y aísla a los reaccionarios.

Trabajando con esta línea obtuvimos importantes victorias. Como se sabe, desde que el Presidente Allende triunfó en las elecciones el imperialismo y la oligarquía se propusieron primero impedir su asunción de la Presidencia y luego que fracasaron en ese empeño se trazaron como objetivo derribar su Gobierno. En el curso de tres años el pueblo de Chile enfrentó y derrotó sucesivamente el complot CIA-ITT (Oct.70) la conspiración del Mayor Marshall, (Marz.71) la conjura del Gral. Canales, el paro del transporte terrestre, comercio y sectores de profesionales (Oct. 72) el golpe del Coronel Souper (jun. 73).

En cada caso la victoria del pueblo sobre los golpistas fue posible porque la correlación de fuerzas sociales creada por la acción del Gobierno, de los partidos y de las masas populares fué favorable al Gobierno Popular.

En cambio el éxito del golpe del 11 de septiembre fue posible porque el imperialismo y la reacción interna lograron crear un amplio frente contra el Gobierno Popular desde el punto de vista de clase, dicho frente incluyó, además de la burguesía monopolista y la oligarquía agraria que conforman el centro reaccionario, a la gran mayoría de la burguesía mediana y pequeña, a la mayoría de los sectores medios y a sectores atrasados de otras capas del pueblo. Desde el punto de vista político, además de los partidos caracterizadamente reaccionarios, los golpistas comprometieron a su lado a la mayoría de la D.C. encabezada por el Sr. Frei y a sectores radicales. Desde el punto de vista militar, el enemigo logró arrastrar al golpe a la abrumadora mayoría de las Fuerzas Armadas y Carabineros e impedir prácticamente toda adhesión a la defensa del régimen democrático.

Esta situación se evidenció a pocas horas de iniciado el golpe. En muchos lugares se organizó la resistencia del pueblo en las primeras horas. Muchos de nuestros militantes y de la U.P. cayeron combatiendo heroicamente con todo lo que tenían a mano. Pero, la clase obrera y el pueblo, las direcciones de los partidos revolucionarios y el Presidente Allende comprendimos que no era el caso lanzar todas las fuerzas y reservas a una lucha desigual.

El Presidente se dirigió al pueblo exponiendo sus decisiones y criterios: "Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo... Tienen la fuerza, podrán avasallar. Pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza... El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no puede dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse... Superarán otros hombres este momento gris y amargo.... Tengo la certeza que mi sacrificio no será en vano..."

No es necesario subrayar la dignidad de estos conceptos y la entrega revolucionaria que fluye de ellos. Importa comprender también la apreciación de la coyuntura política que hacía el compañero Presidente, como duramente desfavorable para las fuerzas populares.

En este sentido es que definimos nuestra derrota como una derrota política antes que militar. El aislamiento de la clase obrera permitió el desencadenamiento de la violencia reaccionaria y, a la vez, inhabilitó la capacidad de respuesta armada de la clase obrera y el pueblo, cuya necesidad había sido proclamada públicamente por nosotros, ya que la transformaba en un holocausto.

El desenlace doloroso de esta etapa de la revolución chilena exige un análisis del problema de las FF.AA. y de nuestra actitud respecto de ellas.

Con el golpe del 11 de septiembre las FF.AA. chilenas fueron arrastradas a romper una tradición de largos años de prescindencia política, de profesionalismo y respeto a las instituciones democráticas.

El movimiento popular se apoyó en tales tradiciones para construir una vía revolucionaria. Ya en el Gobierno, persistimos en tal orientación buscando desarrollar esas tradiciones democráticas y afirmar el carácter institucionalista de las Fuerzas Armadas para cerrar el paso a los intentos fascistas de transformarlas en cancerberos de la reacción.

Desarrollamos una política que, haciendo pie en el espíritu profesional y el respeto al gobierno establecido, diera a las FF.AA. posibilidades de participar en las tareas de construcción económica sin perjuicio de su rol esencial para la defensa del país. En momentos de crisis, sobre la base de estos principios, establecimos una alianza con el sector constitucionalista, leal y patriota de esas instituciones que fue decisivo para derrotar la ofensiva sediciosa de Octubre de 1972. Esta alianza pudo desarrollarse más de no haber sido entorpecida por las concepciones ultraizquierdistas.

Sin embargo, los golpistas llevaron adelante la conspiración desplazando a los mandos patriotas y leales al Gobierno Popular apoderándose paulatinamente y a traición de los puestos claves. Su éxito tuvo bases objetivas: lograron imponer sus designios haciendo pie en la formación ideológica reaccionaria impuesta a las FF.AA. sobre todo por la penetración imperialista y aprovechando también la composición de clase de su oficialidad, cuestión que pesaba tanto más cuanto mayor era el aislamiento de la clase obrera. Un trabajo de zapa de mucho tiempo y un plan operativo iniciado ya en 1972, según confesión reciente de Pinochet, culminaron con el golpe fascista.

Nosotros por nuestra parte no supimos apoyarnos suficientemente en la suboficialidad y la tropa, cuyo origen de clase los predisponía favorablemente al Gobierno Popular. De algún modo nuestro esfuerzo por mantener el carácter profesionalista de las Fuerzas Armadas se apreció como contradictorio con el trabajo de esclarecimiento del significado del Gobierno Popular entre los soldados.

Hubo un cierto grado de ilusión acerca del peso objetivo del profesionalismo y espíritu constitucionalista en el seno de las FF.AA. Uno de nuestros errores más serios como Partido es haber sobreestimado en varios aspectos las capacidades democráticas del sistema estatal en Chile y no haber actuado a tiempo para transformarlos. Ocurrió así en relación con las FF.AA., también con relación a otros asuntos.

-----0000-----

Nuestro Partido está empeñado en una dura lucha contra la dictadura fascista instalada por el golpe militar.

La dictadura es el gobierno de la derecha, es la vuelta al pasado, el dominio del imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente, no limitado por la Constitución ni las leyes, sino provisto de un poder absoluto y brutal basado en las armas e inspirado por un ánimo revanchista.

La política aplicada por la Junta es la fiel expresión de su carácter de clase y de su ideología fascista.

Como hemos expresado la Junta militar usurpó el poder contando con una situación política en que la correlación de fuerzas era desfavorable al movimiento popular, cuando una mayoría no estaba dispuesta a defender el gobierno legítimo. Ese bloque social agrupado en una u otra medida en torno a los enemigos fundamentales del pueblo chileno ha sido ya roto en sólo 6 meses por la política de la Junta.

Sus medidas repugnan a la mayoría de los chilenos, hieren sus intereses y frustran sus aspiraciones.

En el campo político estas orientaciones se expresan en la liquidación de todo democratismo. La utilización más extrema de la represión, la violación sistemática y cruel de los derechos humanos elementales, la anulación de todo derecho democrático, es su primera característica. Chile ha sido sembrado de campos de concentración, de centros de tortura. Encubierto en el "Estado de guerra interna" el fascismo ha hecho del asesinato una norma diaria y supone que por esa vía podrá liquidar la revolución, matando a los líderes más destacados. La vida de muchos patriotas, en primer término de Luis Corvalán, están en grave peligro.

La represión brutal no es un accidente, ni está determinada por las "necesidades" circunstanciales del cambio violento de Gobierno y la resistencia popular consiguiente, sino que esta es la esencia misma del régimen que la reacción chilena o internacional han instalado y pretenden que permanezca en Chile. El propio Canciller Contraalmirante Huerta yéndose de la lengua lo ha definido como fascista.

Los golpistas han terminado con el Estado de Derecho e impuesto un estado policial. Como ha expresado nuestro Partido: "El golpe militar ha arrasado con la institucionalidad, dejando solo en pie el vetusto Poder Judicial y el títere que oficia de Contralor General de la República." Unos y otros han aceptado los ukases que los transforman en meros elementos decorativos. Los jueces refrendan lo resuelto por los Tribunales de Guerra, el Contralor acepta los bandos militares como leyes. En el terreno cultural e ideológico se pretende suprimir el pensamiento, la difusión de ideas, la creación cultural, la prensa no sometida por entero a la dictadura. Se propone suprimir el marxismo y además "todas aquellas doctrinas que lo encubren o le hacen el juego". Tarea semejante se proponían ya otros y se conoce el lugar que les ha correspondido en la historia.

Pero las tradiciones democráticas, fruto esencialmente de largos años de lucha de la clase obrera y el pueblo, no las puede borrar el fascismo de una plumada. No pueden matar el amor a la libertad, ni los usos democráticos convertidos en parte integrante del carácter nacional. El pueblo en general, la extensa, combativa y organizada clase obrera sobre todo, están acostumbrados a ejercer sus derechos. Chile tiene una fuerte tradición de organización y expresión de las masas por canales diversos, particularmente una fuerte vida sindical y una tradición enraizada de partidos políticos. Estas tradiciones pesan en el presente como un factor de unidad de millones en pos de la renovación democrática. Es de la más alta significación, y reveladora por sí misma, la actitud de la Iglesia ante lo inhumano de la represión. Muchos prelados y sacerdotes han tomado en sus manos la defensa de los perseguidos y han creado comités ad-hoc, con amplia ramificación nacional para prestar su ayuda, alentando a participar en ella a miles de fieles.

La política económica archirreaccionaria de la Junta impuesta hasta ahora golpea a la mayoría inmensa de los chilenos. Descarga sobre los hombros de los trabajadores y otras capas del pueblo la crisis económica provocada esencialmente por el boicot y el sabotaje de el período anterior al golpe y agravada por la crisis del capitalismo mundial.

Ha provocado una violenta ola de alzas que llevó el ritmo de inflación a 700% anual (760 según estimación de círculos universitarios) acompañado de una dramática reducción del poder adquisitivo de sueldos y salarios superior al 40%. La cesantía desatada por razones políticas y agudizada por la crisis económica golpea también a vastos sectores de capas medias, profesionales y pequeña burguesía con diferencia solo de grado. Es una política que propicia la acentuación de la concentración monopolista, que se propone acelerar la acumulación capitalista a costa de la superexplotación del trabajo asalariado, de la miseria de las masas, lo que se traduce en una violenta contracción del mercado interno. A la vez propicia la desaparición de la llamada "empresa ineficiente" tomando como padrón de referencia el nivel de producción y productividad de los países capitalistas desarrollados. Para forzar

ese proceso liquida los sistemas de protección arancelaria y paralelamente, provoca una violenta contracción del crédito, de modo de hacer operar la "libre competencia" sin trabas, lo que equivale a decir que deja a la nación entera a merced del capital monopolista nacional y extranjero.

Una política tal golpea duramente a la clase obrera. Consustancial con ella es la represión a sangre y fuego que se ejerce sobre el movimiento sindical, la liquidación del derecho de petición y de huelga, los intentos por liquidar el movimiento unitario de los trabajadores, etc. Constituye una agresión también contra el campesinado, porque tal política se traduce en el campo en el despojo de la tierra conquistada a miles de campesinos y en la miseria del asalariado agrícola. Golpea a las capas medias porque bajan sus ingresos y aumentan los impuestos para un estado que opera ahora para financiar adicionalmente la expansión monopolista. Agudiza, en fin, las contradicciones entre la burguesía no monopolista y la monopolista en grado extremo. La "libre competencia" arruina a la mayoría de los propietarios medianos y pequeños. Los Stocks no deseados han aumentado inmensamente en pocos meses. Una política como la que se aplica en Chile no deja espacio al reformismo burgués; los monopolios se aporran de todo y no hay excedente que sirva de base económica a una política populista. Una política de esta especie, de mantenerse sus tendencias generales, conducirá a una crisis que duraría como mínimo 3 ó 4 años. Todo ello se agrava por la corrupción imperante tipificada por el escándalo que constituye la rescindencia del contrato de aprovisionamiento de petróleo impuesto por el Gobierno Popular a la Esso Standard y cuya liquidación ha significado una pérdida de 300 millones de dólares para Chile.

De otro lado, la autoproclamada posición "nacionalista" de la Junta definida mediante una campaña contra los extranjeros, típicamente fascista, no logra ocultar la sumisión antipatriótica a los dictados del imperialismo norteamericano que es lo que marca la política internacional de la dictadura y su política de desnacionalización de nuestras riquezas. El Fondo Monetario Internacional ha vuelto a imponer su dominio en el manejo de la economía chilena y sus inspectores ordenan y los "nacionalistas" acatan.

Se han creado así, en primera instancia, las condiciones para construir el más amplio Frente Antifascista, donde tienen un lugar todas las clases y capas sociales del pueblo. Se trata de que la clase obrera agrupe en torno suyo al campesinado, la pequeña burguesía, capas medias y sectores de la burguesía nacional democrática en un Frente capaz de derrotar a la dictadura, conquistar una democracia renovada, erradicar para siempre el fascismo y retomar, con el apoyo mayoritario del pueblo, el camino de los cambios revolucionarios que el país requiere.

La línea política del movimiento revolucionario en las duras condiciones de lucha del presente debe asimilar rigurosamente la experiencia de nuestros éxitos y también de nuestros errores del pasado.

En la coyuntura política generada por el golpe fascista la contradicción principal sigue siendo la que opone al pueblo de Chile a la dominación del imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente. Los enemigos fundamentales no han cambiado. Si ha cambiado la forma en que ejercen su dominio. La determinación de recuperar los privilegios y posiciones perdidos en los 3 años de Gobierno Popular a cualquier precio los han conducido al fascismo como la única forma de ejercer su dominación de clase, de restaurar su poder.

En las nuevas condiciones, la forma del frente antiimperialista y antioligárquico es el Frente antifascista y las fuerzas que lo compongan llegarán a él por la defensa acendrada de los valores democráticos que son patrimonio de la nación chilena y que el fascismo pretende aventar como también porque sus intereses sociales económicos están en abierta contradicción con la política que en este terreno impone el fascismo. Razones históricas concretas funden la lucha democrática con la lucha por las transformaciones revolucionarias.

Teniendo en cuenta todo esto, en la línea política del movi-

mientopopular no pueden tener cabida los errores sectarios que redujeron la capacidad de alianza de la clase obrera en el pasado inmediato. Aún más, toda concepción sectaria del camino a seguir, significa una ayuda a los fascistas.

Nuestro Partido ha expresado que la situación actual reafirma la vigencia de la unidad socialista-comunista, como expresión esencial de la unidad de la clase obrera, y de la Unidad Popular, en cuanto expresión unitaria de los sectores más conscientes del pueblo, "pero al mismo tiempo, impone ir más allá, a la acción común y la unidad con el pueblo que no estuvieron con el Gobierno Popular. La línea divisoria no ha de trazarse mirando al pasado sino con vista al futuro. La divisoria esencial no es la que dividía a los partidarios del Gobierno o de la oposición antes del golpe sino que es aquella que separa a los fascistas y usurpadores del Gobierno de los que están por la renovación democrática, por los cambios sociales, por la independencia nacional."

ES evidente que la Unidad Popular requiere, para cumplir su papel, resolver sobre la base del diálogo fraternal y las posiciones de principios un nuevo nivel de entendimiento que garantice una línea estratégica y una dirección conjunta única de los destacamentos revolucionarios superando las deficiencias del pasado. Esto es clave. En la U.P. se manifiesta una tendencia a reforzar el entendimiento sobre la base de una política de principios. Las manifestaciones de opinión que cada partido ha hecho independientemente, muestran un amplio rango de coincidencia en la necesidad de centrar los esfuerzos en la organización, la unidad y la lucha de las masas como la única base sólida para el desarrollo del proceso.

Otro de los asuntos claves en el terreno político es la participación más activa de la Democracia Cristiana en el Frente Antifascista. En su seno se debaten dos posiciones encontradas: de una parte hay quienes critican ocasionalmente la política actual de la Junta pero sólo buscan un cambio de esa política respecto de ellos, que les permita un alero y la participación en la dominación burguesa. Es la posición del grupo que encabeza el señor Frei. De otra parte, los sectores democráticos y populares tienden a un entendimiento con la izquierda de acuerdo con sus principios libertarios y favorable a los cambios sociales. Esta pugna deberán resolverla los propios demócratas cristianos. El problema interno planteado no es de nuestra incumbencia directa, pero debemos evitar el sectarismo que ayude al juego del sector reaccionario y, al revés hacer evidente nuestra decisión unitaria para que la D.C. se integre plenamente y en un pie de igualdad en el Frente Antifascista. La unidad puede lograrse, cuenta con una base objetiva creciente en virtud de la actitud de los enemigos comunes.

En el frente antifascista pueden también participar las organizaciones de izquierda que no formaron parte de la U.P. sobre la base de un acuerdo sobre el programa y los métodos de lucha y de una relación respetuosa y fraternal en el trabajo común.

La renovación democrática no sobrevendrá sin combate. La resistencia activa, entendida por tal la actividad de las masas populares y sus organizaciones contra la dictadura, ha comenzado ya. Se expresa en la reorganización del movimiento obrero y popular, en combates de sectores de la clase obrera por sus derechos, todavía débiles y esporádicos ciertamente, pero altamente significativos si se tienen en cuenta las circunstancias de profundo reflujó provocadas por el golpe. Se expresa también la solidaridad con los perseguidos que ha debido reconocer el jefe de los fascistas, como en los nuevos lazos unitarios que va tejiendo el pueblo. El receso, verdadera ilegalización indefinida, ordenado por los fascistas contra el P.D.C. y la liquidación de su diario por la vía de la asfixia económica y la censura, es, ante todo, consecuencia de la reacción de vastos sectores de ese Partido contra la Junta, que ésta trata de ahogar con represión.

La construcción del Frente no es una tarea fácil. En torno a él surge la necesidad de precisar un pensamiento común y encontrar soluciones prácticas a los problemas. En la medida que se desarrolle el Frente Anti-

fascista que elaborará un programa de Gobierno de todas las fuerzas del pueblo.

El objetivo final del Frente Antifascista que impulsamos las fuerzas populares es la derrota de la dictadura, la destrucción del estado totalitario y policial que ésta ha establecido y la construcción de un nuevo estado de derecho, democrático, antifascista, nacional, popular, pluralista que garantice la renovación democrática, la erradicación total del fascismo, el impulso de los cambios revolucionarios y la independencia nacional.

En el documento emitido por nuestro Partido poco después del golpe se precisa "El pueblo volverá a ser Gobierno y no estará obligado por cierto a restablecer la institucionalidad que había hasta ayer. Dictará democráticamente una nueva Constitución, nuevos códigos, nuevas leyes, creará nuevas instituciones de poder, un estado de derecho superior al que echó a pique el golpe militar. Bajo tal estado de derecho se respetarán todas las creencias religiosas, existirá pluralismo ideológico, el humanismo, pero no habrá amparo para el fascismo, el delito económico o las actividades sediciosas... No en vano el país pasará por la dolorosa experiencia que está viviendo. Han ido a parar al tarro de la basura falsos valores en los cuales mucha gente creía con sinceridad. ¿Quién podrá defender mañana un Poder Judicial como el actual o un tipo de parlamento que feneció por su propia inacción ante el golpe militar?"

La renovación democrática antifascista no significa, entonces, el mero retorno a la situación existente antes del 11 de septiembre sino un amplio desarrollo democrático. Las instituciones del nuevo Estado deberán asegurar realmente el ejercicio del poder por la mayoría y garantizar la eliminación del país del fascismo tanto civil como militar a la vez que crear instrumentos para aplastarlo si osa levantar cabeza.

Tanto por sus tareas como por su composición el que surja de la lucha del Frente asegurará el pluripartidismo político y garantizará derechos para el normal funcionamiento de los partidos democráticos. En cuanto al Gobierno nos pronunciamos por un Gobierno Popular que garantice al país la estabilidad democrática y el acelerado progreso social.

La lucha por el democratismo más amplio se funde, hemos dicho, con la conquista de las transformaciones revolucionarias. Entre ambos objetivos no hay ni habrá discontinuidad si se conquista la hegemonía de la clase obrera en el Frente Antifascista.

La conquista de la hegemonía por parte de la clase obrera debe resolverse sobre bases unitarias. Aunque todo proceso de frente único es un proceso de unidad y lucha, la victoria de la revolución sólo se asegurará si la clase obrera lleva adelante, en general, su política independiente sobre bases de acuerdo con otros sectores sociales, no por la vía de la imposición. Las contradicciones en el seno del Frente son una ley de la vida social, pero no lo es el que tales contradicciones adquieran carácter antagónico. El rol hegemónico de la clase obrera sólo puede ejercerse si conquista prácticamente la mayoría de la sociedad y ello presupone la alianza con vastos sectores sociales y por tanto el funcionamiento del frente sobre bases de acuerdo. Las posibilidades de acuerdo son tanto mejores cuando más fuerte es la clase obrera y mayor su actividad revolucionaria.

Siguiendo a Lenin debemos aprender que el éxito de la revolución exige no sólo la contraposición de contrarios sino muchas veces la unión de contrarios. Lo revolucionario es agudizar las contradicciones pero no en bastracto, sino en función de la agudización de la contradicción principal.

Actuando así se asegura la fusión de la lucha por el democratismo y las transformaciones revolucionarias, la necesidad de amplitud de las alianzas y el rol de la clase obrera de centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios que garantiza la profundidad del proceso.

Otro asunto capital que debe resolver el Frente Antifascista es asegurar una profunda transformación en las FF.AA. y Carabineros. La instauración y permanencia del Estado democrático al que aspiramos no estaría garantizado sin resolver ese problema.

El documento de nuestro Partido al que hemos hecho referencia, expresa "Después de lo ocurrido, el pueblo tiene derecho a plantearse también como objetivo la creación de unas Fuerzas Armadas y Policiales de nuevo tipo, o, al menos, a eliminar de las instituciones militares, carabineros e investigaciones a los elementos reaccionarios a fin de asegurarle a Chile que nunca más se repetirá lo que acaba de suceder."

Las FF.AA. han sido colocadas al servicio de la restauración imperialista y oligárquica. Han impuesto el retorno al pasado a sangre y fuego. Los mandos fascistas los han cubierto de aprobio.

Los generales y oficiales que se prestaron para arrastrar a sus instituciones a participar en la conspiración contra Chile y su pueblo han asumido una tremenda responsabilidad ante la historia y por la vida y la sangre derramadas. Serán condenados por ello. Han pisoteado el prestigio y la solvencia de las FF.AA. ante el pueblo y ante el mundo y terminarán destruyéndolas completamente si perseveran en la orientación actual. Los responsables de esta orientación, al quebrar y atropellar las mejores tradiciones de Chile y convertir a las FF.AA. en verdugos de su pueblo, se han hecho reos de un crimen de lesa patria.

No obstante, ni antes ni ahora concebimos la lucha social como un combate entre civiles y uniformados. De hecho, hay quienes visten el uniforme pensando en sus deberes patrióticos y se han visto impedidos de evitar el terror desatado contra el pueblo pese a sus sentimientos democráticos. Más aún, muchos hombres de armas han levantado su voz contra el golpe y la represión fascistas y han sufrido duramente por ello. Muchos de ellos han sido ejecutados en juicios sumarios o simplemente sin juicio. Cuando redactamos este artículo encaran proceso, decenas de soldados, suboficiales y oficiales, para los que los fiscales solicitan desde varios años de presidio a penas de muerte. El desarrollo de una campaña solidaria para salvar sus vidas ha sido tomada en manos del Movimiento Popular.

Pero, lo que Chile requiere y exige son FF.AA. que nunca más, bajo ninguna circunstancia, se contrapongan a los intereses del pueblo y se conviertan, como instituciones, en cancerberos de los intereses de la oligarquía y el imperialismo.

La condición básica para ello es la eliminación del fascismo de las filas de las FF.AA. y el castigo ejemplar de los responsables de los crímenes cometidos. Igualmente, la estructura de las FF.AA. deberá modificarse para prevenir el resurgimiento de situaciones como las que vivimos hoy día.

El logro de estos objetivos no es solo una responsabilidad del movimiento popular sino también de los soldados y oficiales profesionales y democráticos.

Por otra parte, el desarrollo político que sigan las FF.AA. y Carabineros es un factor que determinará muy decisivamente tanto el carácter como la forma que asuma la resistencia antifascista. Los golpistas han impuesto en los altos mandos una orientación decididamente fascista y se empeñan en fascistizar todos los cuerpos armados. Pero las tradiciones democráticas y patrióticas rotas por el golpe no han muerto y este proceso encuentra oposición en sectores crecientes de la tropa, de suboficiales y oficialidad. Influyen también en ellos el descontento general que produce la política de la Junta y la incertidumbre por el futuro.

El movimiento popular ha expresado su decisión de trabajar con la máxima amplitud para retomar las tradiciones democráticas y patrióticas a la vez que combatir enérgicamente y desenmascarar la política fascista. Estos tratan desesperadamente de fortalecer sus posiciones aplicando un burdo ventajismo salarial para la oficialidad (sus salarios han sido dejados fuera

de los cánones impuestos al resto de los trabajadores y el arbitrario "Estado de guerra interno" les reporta un 15% adicional) y provocando un aumento desmesurado de los hombres en filas, con la carga consiguiente de impuestos sobre las espaldas de los trabajadores, pero estamos seguros que no prevalecerán contra el pueblo.

El éxito de la clase obrera para transformarse en centro de la unidad de todo el pueblo en su lucha contra la dictadura depende decisivamente también de la capacidad de empeñarse en la resistencia antifascista con formas de lucha y consignas adecuadas a la necesidad de unir a todas las fuerzas democráticas y sortear aquí, en base a una sólida política de principios, los riesgos del oportunismo de derecha o de izquierda.

El movimiento de masas capaz de hacer cristalizar una situación revolucionaria es el que se construye partiendo de los problemas concretos que enfrenta el pueblo. Las formas de lucha surgen del proceso mismo. La dirección revolucionaria "organiza, generaliza y hace conciente las formas de lucha que aparecen", teniendo en cuenta en cada momento el nivel de conciencia alcanzado por las masas populares y considerando la correlación real de fuerzas existentes y, obligatoriamente la necesidad que cada acción mejore esa correlación en favor del pueblo.

Del mismo modo, las consignas deben concordar con los objetivos tácticos de cada etapa del proceso de recuperación revolucionaria, distinguiendo entre las consignas de carácter estratégico y táctico, las consignas de agitación y las de acción, comprendiendo su interrelación y haciéndola presente a las masas, pero evitando confundirlas.

Esto significa que la senda del terror individual, del aventurerismo o del putch, debe ser cancelada por el movimiento popular.

La experiencia de estos meses de dictadura ha mostrado que los fascistas ansían que el pueblo se deslice a este tipo de acciones para justificar el terror que es la base de su poder. En el pasado, el terrorismo y la provocación prestaron considerable ayuda a los enemigos del pueblo. Ahora, dado el tipo de opresión, el resultado sería peor. Sobre estos asuntos han expresado su opinión coincidente las fuerzas más significativas del movimiento popular, en particular comunistas y socialistas.

Por otra parte, nuestro Partido estima que no debemos imponer desde ya cartabones o esquemas al desarrollo de etapas futuras de la lucha contra el fascismo y por la instalación de un nuevo Gobierno. Sostenemos que pretender resolver hoy este problema no ayudaría ni mucho menos al éxito del proceso revolucionario. Sin perjuicio de ello, son útiles ciertas precisiones.

En primer lugar, creemos indispensable afirmar que la experiencia de las luchas de clases en nuestro país, incluyendo nuestra dura derrota transitoria, no desmienten la teoría de la revolución elaborada por el movimiento obrero internacional. La posibilidad de la conquista del poder por vía armada en determinados países y en ciertas situaciones históricas no ha sido cancelada por el golpe fascista en Chile como lo sostienen interesadamente los reaccionarios a parejas con el revolucionarismo pequeño burgués, del mismo modo que el revés temporal de un movimiento nacional que se ha empeñado en una insurrección o en otra forma de lucha armada, no significa que la revolución no se hará en ese país, por una u otra vía. Consideramos, en cambio, que de los éxitos y reveses del proceso chileno fluyen experiencias que confirman esa teoría marxista leninista de la revolución.

No obstante, parece claro que en el caso particular de Chile se han estrechado considerablemente las posibilidades de un tránsito no armado del pueblo al poder político si se las compara con las existentes antes de 1970. Por de pronto el uso de las elecciones como un instrumento de lucha por el poder político, ha sido cerrado por los golpistas por un período indefinido.

Por otra parte, el predominio fascista aumenta las posibili-

dades de que la reacción enfrentada a la repulsa mayoritaria de los chilenos, persista en sus planes de aherrar al pueblo de Chile al precio de una guerra civil y la desate contra el movimiento ascendente de las masas que exigen su desplazamiento del poder. La actuación de los golpistas en el presente, la extrema crueldad de que dan pruebas, avala esa impresión. En tales circunstancias la respuesta armada del pueblo sería obligatoria. En cuanto a sus formas, que pueden ser diversas, estarían determinadas esencialmente por el peso de la clase obrera tiene en la sociedad chilena, que hace mucho más probable una insurrección con combates generalizados a lo largo del país que, por ejemplo, formas de lucha guerrillera.

No obstante la amplitud del campo de alianzas que abre ante la clase obrera la misma existencia del fascismo, augura la posibilidad de acumular en nuestro favor una proporción tal de fuerzas que la reacción sea incapaz de recurrir a las armas para resistir la embestida del pueblo.

Cancelado el democratismo en la vida política la guerra civil no es, en todos los casos, la única forma de abrir paso al pueblo. Una huelga general política, apoyada en la mayoría inmensa del país, puede amarrar las manos de los que quieren desencadenar la violencia reaccionaria armada. Así ocurrió ya en nuestro país y por tales medios se zafó el pueblo de Chile de la dictadura militar en 1931.

En resumen, nuestro Partido se esfuerza por evitar que una apreciación dogmática dañe la recuperación revolucionaria y renovación democrática y se impongan formulaciones esquemáticas del revolucionarismo pequeño burgués como " El poder nace del fusil ". El poder nace de la fuerza de las masas, aunque es claro que los fusiles juegan un papel, como lo comprueba nuestra experiencia. Pero de ella también se desprende que los fusiles enmudecen o truenan según sea la fuerza del pueblo. Y que si truenan ante un pueblo fuerte, unido y movilizado, éste encuentra cómo acallarlos lo prueban otras experiencias revolucionarias.

En lo que debe insistirse es que en cualquiera que sean las vías de la revolución lo básico es la más amplia y vigorosa movilización de las masas, aprovechando toda posibilidad de lucha, combatiendo en múltiples terrenos y uniendo más y más fuerzas alrededor de la clase obrera, lo que se facilita si las fuerzas revolucionarias refuerzan la vinculación entre los objetivos democráticos y las perspectivas socialistas de la revolución chilena. Así se consigue también acentuar el aislamiento del fascismo en todos los planos.

Lo esencial es el trabajo concreto, diario, paciente, con miles y miles de trabajadores, pobladores, mujeres y jóvenes, clave del éxito en toda lucha.

Sin fuerza de masas no puede triunfar ningún proceso revolucionario. En este sentido, la violencia es consubstancial a cualquier vía de acceso al poder de la clase obrera y las fuerzas populares. Esta violencia puede expresarse con armas o sin ellas. La forma necesaria depende del tipo de resistencia que oponga, o mejor dicho, que pueda oponer la reacción, lo que está en correspondencia con la actividad del proletariado, con el grado de aislamiento al que se pueda conducir a los enemigos, con los fenómenos que se dan en el interior de las FF.AA. con la situación internacionales, etc. Como estas variables no pueden ser determinadas ahora, definir un esquema es un error y, con toda seguridad, el curso revolucionario lo haría trizas.

Nuestra decisión de combate, por duras y difíciles que sean las condiciones que enfrentamos hoy, se mantiene incólume.

Pocos momentos antes de su muerte, cuando se dirigió por última vez al pueblo de Chile, el compañero Presidente Salvador Allende, resumió en las siguientes palabras su fe inagotable, propia de un revolucionario consecuente, en las fuerzas de la clase obrera y del pueblo: "Tengo la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de millones de chilenos no podrá ser segada definitivamente... Sigán ustedes sabiendo que mucho

más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre digno para construir una sociedad mejor."

Esa es nuestra convicción. No hay fuerza que pueda ahogar definitivamente el proceso revolucionario por duros que sean en ocasiones los reveses.

Los comunistas chilenos tenemos la plena convicción de nuestra responsabilidad ante el movimiento obrero internacional y nos sentimos hoy más obligados que nunca por la intensa campaña de solidaridad con nuestro pueblo llevada adelante por todos los demócratas, a desplegar todos nuestros esfuerzos en colaboración y unidad con los demás sectores revolucionarios para alcanzar la victoria sobre el fascismo.

Nuestro Partido está dispuesto a entregar toda su energía y su capacidad de combate, a hacer todos los sacrificios necesarios para contribuir a la lucha contra el fascismo.

La Junta militar miente, calumnia y tergiversa los hechos en un vano esfuerzo por deformar la permanente actitud patriótica de los comunistas. Ha puesto en práctica métodos brutales para doblegar a los prisioneros militantes de nuestro Partido y de otros sectores populares tratando de obligarlos a confesar crímenes o delitos inexistentes con el objeto de hacer decaer enseguida la moral de combate de la clase obrera y del pueblo. No han conseguido minar su resistencia. Los fascistas no han podido ocultar el hecho que los condenados a muerte miembros de nuestro Partido han llegado a enfrentar los fusiles de sus asesinos entonando himnos de combate, fieles a sus ideas, seguros de que aunque ellos mueren, su Patria y su Partido vivirán, convencidos que la causa de la clase obrera y el pueblo es invencible.

Los reaccionarios más contumaces reconocen desesperados que no han logrado destruir el Partido Comunista. Exigen intensificar todavía más la represión para conseguir ese objetivo. Pero no lo lograrán. Como otros que lo intentaron en el pasado, fracasarán en su empeño. En su desvarío, han propalado la especie que nuestro Partido estaría afectado por divisiones internas. Esta maniobra está igualmente destinada al fracaso. La unidad de los comunistas es hoy más firme y acerada que nunca. Contra esa unidad se estrellan la delación, la infiltración y cada maniobra del fascismo.

En estos días son miles los comunistas chilenos que trabajan afanosamente en el seno de las masas y para fortalecer al heroico Partido que se inspira en la doctrina inmortal del marxismo-leninismo y que Recabarren, Lafferte, Galo González, Fonseca, Neruda y tantos miles de luchadores forjaron hasta hacerlo indestructible.

Nuestro Partido combate con el espíritu puesto de manifiesto por su Secretario General, camarada Luis Corvalán que desde las mazmorras de la dictadura ha proclamado la actitud comunista: "No temo por mí. Amo la vida, pero no temo a la muerte si fuera necesario caer por mi causa... Tengo la firme convicción de que al final de este tunel oscuro recuperaremos nuestra libertad y los trabajadores podrán finalmente ocupar en la historia el lugar que les corresponde."